



CAPÍTULO UNO

Serilda dejó de contar su historia y miró a los niños para ver si finalmente se habían dormido. Un momento pasó, antes de que Nickel abriera sus ojos adormecidos.

—¿Ya terminó?

Serilda volteó hacia él.

—Ya deberías saberlo —susurró, acomodándole un mechón de su rubio cabello tupido—. Las mejores historias nunca terminan. Yo diría que lo de “felices por siempre” es una de mis mentiras más populares.

Bostezó.

—Puede ser. Pero es una mentira agradable.

—Claro que lo es —concordó ella—. Ahora silencio. Es hora de dormir. Te contaré más mañana.

No se quejó, solo giró de lado para hacer más espacio para

la pequeña Gerdrut, que estaba apretujada entre Nickel y Hans, con Fricz y Anna desparramados en ángulos extraños a los pies de la cama. Los cinco niños se habían acostumbrado a dormir en la cama de Serilda, aunque cada uno tuviera su propia cama en el salón de los sirvientes. A ella no le molestaba. Había algo sobre su maraña de brazos y bocas abiertas, pupilas azulinas y quejas silenciosas de alguien a quien le quitaban las mantas que le llenaba el corazón con algo cercano a la alegría.

Cuánto amaba a estos niños.

Cuánto odiaba lo que les habían hecho. Cuánto se torturaba culposa, sabiendo que había sido por ella. Ella y su lengua traicionera y las historias que no podía dejar de contar. La imaginación que la había llevado en tantas fantasías desde que tenía memoria... no le había traído más que problemas. Una vida entera de desgracias.

La peor desgracia de todas: las vidas de estas cinco preciosas almas.

Pero seguían pidiéndole que les contara historias, entonces ¿qué podía decir? No podía negarles nada.

–Buenas noches –acomodó la manta hasta la barbilla de Nickel, cubriendo la mancha de sangre que se había filtrado a través de su camisa de dormir en todo su pecho, donde los cuervos nocturnos del Erlking le habían comido su corazón.

Se inclinó hacia adelante y le dio un beso en la frente a Nickel. Tuvo que reprimir la incomodidad al sentir el frío resbaladizo de su piel. Como si el más leve tacto fuera a aplastar su cráneo, como si fuera tan frágil como una hoja seca en el puño de un niño. Los fantasmas no eran cosas delicadas; ya estaban muertos y no era posible hacerles ningún daño. Pero estaban atrapados en un lugar entre sus formas mortales y sus cadáveres en descomposición, y como tales, era como si sus figuras no

pudieran decidir dónde terminar, cuánto espacio ocupar. Mirar a un fantasma era un poco como ver un espejismo, su contorno era inestable y borroso en el aire. Tocarlo se sentía como lo más innatural del mundo. Un poco como tocar una babosa muerta, abandonada para descomponerse al sol ardiente. Pero... fría.

Aun así, Serilda amaba a estos cinco fantasmitas con todo su ser y, si bien su cuerpo estaba perdido, atrapado en un castillo encantado, y ya no podía sentir el pulso de su corazón, nunca les haría saber lo mucho que quería alejarse cada vez que uno de ellos la envolvía en un abrazo o deslizaba su pequeña mano muerta sobre la suya.

Serilda esperó a estar segura de que Nickel estaba dormido y Gerdrut había empezado a roncar, bastante fuerte para una criatura tan diminuta. Luego se levantó de la cama y atenuó el farol en la mesa de noche. Se acercó a una de las ventanas que daba hacia el gran lago que rodeaba el castillo, y el sol del atardecer resplandecía sobre el agua.

Mañana era el solsticio de verano.

Mañana se casaría.

Un leve golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos antes de que pudiera caer en la desesperación. Caminó sobre la alfombra, manteniendo sus pisadas lo más ligeras posibles para evitar molestar a los niños, y abrió la puerta.

Manfred, el cochero del Erlking y el primer fantasma que Serilda jamás había visto, estaba al otro lado. Hubo un tiempo en el que Manfred servía al rey y la reina de Adalheid, pero había muerto en la masacre cuando el Erlking y sus seres oscuros asesinaron a todos los habitantes y reclamaron el castillo para ellos. La muerte de Manfred, al igual que la de muchos otros, había sido brutal, en su caso, un cincel clavado en uno de sus ojos. El cincel incluso ahora seguía clavado en su cabeza y la

sangre goteaba lentamente, eternamente, desde la cuenca de su ojo. Luego de todo este tiempo, Serilda había empezado a acostumbrarse a la imagen y recibió a Manfred con una sonrisa.

–No te esperaba esta noche.

Manfred hizo una reverencia.

–Su Oscura Majestad ha solicitado su presencia.

Su sonrisa desapareció rápido.

–Era obvio –dijo con amargura–. Los niños se acaban de dormir. Dame un minuto.

–Tómese su tiempo. No me molesta hacerlo esperar.

Serilda asintió y cerró la puerta. Podía ser que Manfred y el resto de los fantasmas sirvieran a los seres oscuros, pero odiaban a sus amos. Intentaban encontrar cualquiera manera, por más pequeña que fuera, para molestar al Erlking y su corte siempre que podían. Pequeños actos de rebelión, pero rebelión de todas formas.

Ató su largo cabello en dos trenzas idénticas. Recordó que muchas chicas, luego de ser invitadas por sus novios, se solían pellizcar las mejillas o ponerse un poco de agua de rosas sobre sus cuellos. Pero Serilda se veía más tentada a esconder una daga en sus medias por si se presentaba la oportunidad de clavársela en la garganta a su prometido.

Miró una vez más a los niños y notó que la imagen no era como si solo estuvieran durmiendo. Estaban demasiado pálidos y su respiración era demasiado lenta. Acostados parecían bastante muertos.

Hasta que la cabeza de Gerdrut giró hacia un lado y dejó salir un sonido que parecía como si estuviera comiendo rocas.

Serilda se mordió los labios para no reír y recordó por qué estaba haciendo esto.

Por ellos. Solo por ellos.

Volteó, salió por la escalera.

Había memorizado la ruta hacia la recámara del Erlking, pero aun así apreciaba la compañía de Manfred mientras se abrían paso entre los corredores, iluminados con antorchas y decorados con tapices inquietantes que exponían las más grotescas escenas de los sabuesos de caza y sus presas devoradas. Estaba empezando a acostumbrarse a las sombras ominosas y tenebrosas que inundaban los corredores del casillo, pero dudaba que alguna vez fuera a sentirse cómoda aquí. No cuando en cada esquina se cruzaba con un ser oscuro que la miraba con ira o algún monstruo sobrenatural que la observaba con ojos hambrientos.

Pronto sería la reina de este lugar, pero dudaba que eso fuera a traerle más seguridad. Los demonios y las criaturas que habían estado aquí desde mucho antes que ella le dejaban en claro con sus expresiones arrogantes y comentarios malvados que preferían devorar la piel que recubría sus huesos que inclinarse ante una reina mortal.

Intentaba no tomárselo personal.

—¿Todos esperan que terminen pronto las celebraciones?—preguntó Serilda mientras ella y Manfred avanzaban por los corredores laberínticos.

Manfred respondió con su monotonía usual.

—No todos, mi reina—dijo. Además de la indiferencia de los seres oscuros, quizás en parte *por* esa indiferencia, los sirvientes fantasmales se habían adaptado bastante bien al ascenso de Serilda. Muchos incluso habían empezado a usar títulos de la realeza cuando le dirigían la palabra: *Majestad* y *reina* y, ocasionalmente, incluso *Su Eminencia*—. Entiendo que muchos consideran los preparativos de la boda como una distracción agradable.

—¿Distracción de qué?

La miró de lado con su ojo sano, una leve mueca hizo que su barba canosa temblara.

–Nuestras vidas –dijo con sequedad. Luego, encogiéndose de hombros, agregó–. O la ausencia de vida.

Serilda frunció el ceño. Si bien Manfred y muchos de los fantasmas llevaban muertos varios siglos, era obvio que sus muertes seguían siendo heridas abiertas para ellos. Literalmente, en muchos casos.

–Manfred –dijo lentamente–, ¿recuerdas haberle servido a la antigua familia real? ¿La que vivía aquí antes de que llegaran los seres oscuros?

–Recuerdo poco de la vida en el castillo antes. Pero sí recuerdo sentirme... –consideró sus palabras por un largo momento y parecía extrañamente pensativo cuando finalmente agregó–, orgulloso de mi trabajo. Aunque de qué estaba orgulloso, no lo sé.

Serilda le ofreció una suave sonrisa, que rápidamente se rompió y regresó a su estoicismo. Estaba tentada a decir más, presionarlo, insistirle que recordara algo, cualquier cosa, pero no tenía sentido. Todos los recuerdos de la antigua familia real habían sido erradicados cuando el Erlking maldijo al príncipe y su nombre, borrando a la familia real de la historia.

En su intento por conocer a los residentes fantasmas, descubrió que cuanto más cerca alguien había estado de la familia real, menos recuerdos tenía de su vida anterior a la masacre. Una sirvienta que fregaba ollas y sartenes en la trascocina podría recordar su vieja vida casi por completo, pero alguien que estaba en constante presencia del rey y la reina, o el príncipe y la princesa, no recordaría casi nada.

Nadie más lo sabía, pero el príncipe seguía entre ellos. Un príncipe olvidado.

Estos días, la gente de Adalheid lo conocía como Vergoldtegeist. El Fantasma del Oro.

Otros lo llamaban el poltergeist. El hilandero de oro.

Serilda simplemente lo conocía como Gild. El muchacho que había seguido el juego de sus mentiras, aquel que había hilado oro para salvarle la vida, una y otra vez. Aquel que en contra de su voluntad había creado las cadenas de oro que el Erlking planeaba usar para capturar a un dios.

Incluso a Gild también le habían robado sus recuerdos. No podía recordar nada. Nada de su vida. Nada de su muerte. Nada antes de estar maldecido, un poltergeist atrapado en este horrible lugar. El Erlking incluso había borrado su nombre de toda la historia, desde los libros hasta las lápidas. Gild no sabía que era un príncipe hasta que Serilda le contó la verdad de lo que le había pasado a él y a su familia. Él, maldecido. Los otros, muertos. Asesinados, todos en un acto de venganza contra el príncipe que había matado al gran amor del Erbkönig: la cazadora Perchta. Incluso todavía Gild se sentía escéptico cada vez que Serilda se lo mencionaba.

Pero a ella no le importaba nada de eso. Ni su nombre. Ni su legado.

Lo único que le importaba era que Gild era el padre de su hijo por nacer.

Le importaba que una vez, en un momento de desesperación, le había prometido su primer hijo a él a cambio de que la ayudara a convertir la paja en oro.

Le importaba que estaba un poquito enamorada de él.

Quizás, más que un poquito.

—Supongo que eras muy importante —dijo cuando ella y Manfred pasaron por una serie de salas—. Más que solo un cochero, claro. El valet personal del rey, quizás. O un consejero. Por eso no puedes recordar tanto. Pero estoy segura de que tienes todas las razones para sentirte orgulloso.

Manfred se mantuvo en silencio. Ella le había contado

durante sus caminatas nocturnas un poco sobre la historia de lo que había ocurrido aquí. A la familia real. A *él* y a todas las personas que habían sido lo suficientemente desafortunadas como para estar en este castillo cuando el Erlking desató su venganza. Hubo un tiempo en que le había contado la historia a Gild, creyendo que todo era un cuento de hadas inventado, pero ahora sabía que era verdad. Un regalo de Wyrdith, su padrino contador de historias, sin lugar a dudas.

Ninguna parte del trágico pasado de este castillo era una sorpresa para todos aquellos que habían sido obligados a servirles a los seres oscuros durante cientos de años. Ellos sabían que *algo* horrible les había ocurrido. Muchos tenían heridas que lo demostraban. Algunos tenían vagos recuerdos de sus vidas pasadas. Su vestimenta encajaba con los distintos roles necesarios en el castillo, desde mucamas hasta pajes y cortesanos elegantes, aunque su antiguo estatus no significaba nada para los seres oscuros.

No era una exageración asumir que habían servido a la realeza cuando llegó el Erlking y los asesinó a todos, incluso aunque no pudieran recordar la cara o los nombres de sus antiguos monarcas, o si habían sido respetados y amados.

Nadie sabía que Gild, el poltergeist entrometido, era su príncipe olvidado. Ella no se animaba a contarle a nadie la verdad. No podía arriesgarse a que el Erlking descubriera que lo sabía y no podía confiar en que los demás mantuvieran el silencio. Por mucho que le agradaran estos espíritus, sus almas les pertenecían al Erlking. Podía permitirles algunas libertades, pero en última instancia, le obedecían a él.

No tenían otra opción.

Era lo mismo con los niños que estaban durmiendo en su recámara. El Erlking creía que eran un regalo para ella. Asistentes

para su reina. Pero también eran sus espías. O podían serlo, si le daba al Erlking alguna razón para que la vigilara.

No podía confiar en nadie en este castillo.

Nadie excepto...

Delante de ellos, un destello dorado le llamó la atención. Un diminuto hilo envolvía la base de una vela sobre uno de los apliques en la pared. El más pequeño detalle, fácilmente ignorado por cualquiera. Por todos.

Pero estas últimas semanas, Serilda se había acostumbrado a buscar estos pequeños detalles.

Se paró más recta.

–Gracias, Manfred, pero no hace falta que me acompañes lo que queda del camino. Sé guiarme desde aquí.

–No me molesta, mi lady.

–Ya sé que no. Pero tengo que aprender a manejarme por este laberinto en algún momento, ¿no crees? Y me vendría bien... prepararme.

Un leve destello de culpa se posó sobre sus facciones.

–Claro, mi lady –dijo, frunciendo el ceño–. La dejaré entonces.

–Gracias, Manfred.

Se marchó con la misma postura inflexible y los mismos pasos medidos de siempre, y Serilda no pudo evitar considerarlo un verdadero caballero en este castillo rodeado por demonios y su frivolidad despiadada.

Ni bien dobló la esquina, permitió que sus hombros se relajaran. Tomó la vela y retiró el nudo dorado sobre la llama. Lo envolvió alrededor de su dedo mientras estudiaba el corredor.

Silencio y sombras.

–Vamos, Gild, puedes salir –dijo, sonriendo–. Sé que estás ahí.